

CUADERNOS DE **SEFARAires**

AIRES de SEFARAD desde Buenos Aires

ISSN 1851-6807 - / Colpayo 10 - 1º piso "A" C.A. de Bs. As. (1405)
PUBLICACIÓN TRIMESTRAL DIGITAL - ENVÍO POR E-MAIL SIN CARGO
sefaraire@gmail.com

EDICIÓN
ESPECIAL

DIC / 2008

PUBLICACIÓN
INDEPENDIENTE
Con 7º AÑOS
DE EDICIÓN

NOTA: todos los números de Sefaraires estarán disponibles en la página www.sefaraire.com.ar

SEFARAires , ha dejado de editarse como publicación mensual,
El emotivo apoyo de nuestros lectores y de numerosos
trabajadores internacionales de la cultura sefaradí,
nos han alentado a despedirnos
enviándoles este “ CUADERNO de SEFARAires ”
y nuestros deseos de un

feliz año 2009

El saludo del staff



Equipo de dirección: Luis N. León y María Ch. de Azar.
Colaboradores permanentes: José Mantel, Alberto Benchouam y Graciela T. de Ryba.
Equipo técnico: Laura León y Marcelo Benveniste

PRESENTACION

Este *Cuaderno de Sefaraires*, va dirigido a todos nuestros lectores como un obsequio de fin de año, agradeciendo su lealtad hacia la cultura sefaradí y el apoyo a nuestra publicación.

Sefaraires ha aparecido durante casi siete años, con el objetivo de difundir la cultura sefaradí e impulsar para que quienes pudieran, nos acompañaran en esta misión. Pensamos que inevitablemente, la lengua y costumbres de los *djidiós* están en franca desaparición porque su pueblo se dispersó e integró a culturas más estables, perdiendo el ladino como habla cotidiana; sabemos que en esto tenemos diferencias con ciertos dirigentes que negando las estadísticas sobre la realidad sostienen lo contrario; que se investigue sobre el ladino no significa que haya un pueblo que lo hable.

Es por eso que nuestro esfuerzo adquirió un sentido especial; el de reunir documentación, impulsar a quienes podían, buscaran testimonios de la última generación de sefardíes que aún está entre nosotros. Expresamente nos centramos en esa temática, sin tratar otros temas generales del judaísmo, que se encuentran ampliamente cubiertos por otras publicaciones de gran difusión.

Sefaraires no contó con ningún apoyo económico o cultural, lo cual nos permitió llevar una línea ideológica independiente y sin presiones de ningún tipo. No obstante hemos difundido actividades y encuentros sefardíes, aún de instituciones que expresamente nos han negado su apoyo.

SUMARIO

Pg 2 - PRESENTACION / SUMARIO	
Pg 3 - El judeoespañol	Por María Ch. de Azar
Pg 5 - La lengua de los sefardíes	Por Luis León
Pg 9 - Sefardíes tetuaníes en la sabana del Chaco Austral	Por Eduardo Fortunato Muscar Benasayag
Pg 14 - Árboles lloran por lluvias	Por Denise León
Pg 16 - Anécdotas de los años 50 al 70 en Buenos Aires	Por Elías Salem

Directores Luis León y María Ch. de Azar
Mail sefaraire@gmail.com / www.sefaraire.com.ar /

Editado en Buenos Aires - Argentina

El judeoespañol

por María Ch. de Azar (mariadeazar@hotmail.com)

La Biblia es la patria portátil de los judíos.

En el principio fue la lengua

Los judíos allí donde nos trasladamos llevamos patrimonio cultural, religión y lengua.

Un idioma contiene la identidad de su pueblo: religión, tradiciones, costumbres; pasado, presente y futuro. Y ese universo de propiedades permitió a los judíos expulsados de España mantener su lengua.

Hacia principios del siglo XVII el aragonés, el leonés, el castellano constituyen el substrato del judeo-español. A esa lengua, en regiones del Imperio Otomano también se la denominó *español*, *djudezmo*, *djudió*, *djidió* o aún *spanyolit* o *spanyoliko*, en el norte de Marruecos recibió el nombre de *jaquetía*, frente a la denominación *spanyol jalis*, el español verdadero, de España

Sepharad, denominación bíblica de la Península Ibérica, inspiró a los judíos expulsados para autodenominarse sefardíes. Ellos se integraron a las comunidades judías preexistentes de los países adonde llegaban. En algunos casos, después de cierto tiempo en la nueva tierra, adoptaban la lengua de esa ciudad, perdían el español que los identificaba.

Los sefardíes que se establecieron en el norte de Marruecos y el Imperio Otomano, mantuvieron su idioma español y lo impusieron a esas comunidades judías. El idioma español también fue usado por algunos no judíos para establecer relaciones comerciales con los sefardíes.

Y ese español de los sefardíes, lengua arcaizante, en evolución, fuera de la Península Ibérica, muy pronto fue considerada específicamente judía. De ahí el calificativo del idioma: judeoespañol. Y de ahí también el gentilicio con el que se designa a los judíos del norte de Marruecos, del ex Imperio Otomano y a sus descendientes, hoy dispersos por los confines de la tierra.

El *judezmo* lleva en sus entrañas la memoria de su pueblo, es el testimonio vivo de su existencia, tiene la huella de las ciudades por las que transitó y de aquellos pueblos con los que tuvo contacto. No hay culturas mayores o menores. Hay culturas diferentes. Cada una se expresa en un modo propio. El idioma es la base sobre la que esa cultura fue pensada. Y es además la acción que le permite manifestarse.

Los judíos somos inventores de lenguas.
Jaim Nahman Bialik

Los judíos del Imperio Otomano eran diferentes a los autóctonos; su lengua fue permeable a la influencia de usos y costumbres. El habla de esa judería tiene una textura compuesta por elementos heterogéneos, principalmente el castellano medieval con palabras hebreas y arameas, árabes y portuguesas. Se incluyó gradualmente el turco, el griego, el italiano y el francés.

A los españoles que llegaron a fines del siglo XVIII a las ciudades del Mediterráneo, desde la Península, les llevó bastante tiempo reconocer como ancestro de su propio idioma, a la lengua que hablaban los sefardíes; y le endilgaron semejante resistencia a la judeidad de esos españoles.

La sinagoga cumplió un excepcional lugar de conservatorio, mantuvo los cánticos incorporados en Castilla y en Andalucía, trasmitidos en las melodías litúrgicas y paralitúrgicas, tanto a las comunidades de Marruecos como a las del Imperio Otomano.

El idioma francés tuvo una fuerte influencia en el judeoespañol. A partir de 1860 en las ciudades donde vivían judíos se crearon las *Escuelas de la Alliance Israelita Universelle*. Con esta enseñanza surgió un nuevo estado de la lengua. Antes de la llegada de estas escuelas los sefardíes mantenían su lengua enriquecida sólo con vocablos de las culturas orientales. En esas ciudades no les permitían desarrollarse ni recibir educación formal. A partir de la actividad que tuvo la escuela francesa, los sefardíes incorporaron además del francés, conocimiento y costumbres de la vida occidental. Se independizaron de la autoridad rabínica.

El ladino

El ladino es anterior al judeoespañol, aunque muchas veces estas denominaciones se confundan. El ladino es un lenguaje de origen litúrgico, no pertenece al habla cotidiana como el *djudezmo*.

En España, antes de 1492 enseñaban a los niños los textos hebreos, bíblicos y litúrgicos, en traducción literal al español, palabra por palabra. Ese sistema de traducción se denomina ladinado. Así fueron traducidos los textos sagrados; su conservación constituye hoy, un verdadero tesoro.

Según el filólogo francés, Jaim Vidal Sephiha, esta traducción del hebreo engendró una lengua calco llamada "ladino". "Como producto de este "ladinar" surge un hebreo vestido de español, o mejor dicho, un español con sintaxis hebrea".

La primera obra maestra del ladino es la famosa Biblia de Ferrara editada en 1553, con caracteres latinos. Distintas versiones españolas cristianas están inspiradas en esta obra.

La vieja grafía sefardí se denomina solitreo: es el judeoespañol, manuscrito con caracteres hebreos en minúscula. Cartas familiares y publicaciones que aún se conservan son testimonio de esta grafía singular.

Rashi, rabino nacido en Francia, sabio intérprete del Talmud, en el siglo XI, para escribir más rápido, flexibilizó y estilizó la letra hebrea. A la línea cuadrada le dio forma curva, así agilizó la escritura; a esta creación se la conoce como grafía *rashi*.

Lengua, cuerpo y espíritu

Las costumbres y creencias de la vida cotidiana sefardí contienen un *corpus* de refranes que sintetizan la fuerte tradición de su judaísmo, enriquecido por el vasto refranero árabe. A partir del siglo XVI ese *corpus* también recibió el aporte turco y griego. Los proverbios comparten una base común, lingüística y de sentido. Refranes idénticos se encuentran en lugares diferentes y distantes: Turquía, Jerusalén, Bulgaria, Rodas, Grecia, Yugoslavia.

El refranero -usado antes de que los judíos fueran expulsados de España-, ofrece enseñanzas, advertencias, sentencias, consejos, siempre en forma sintética, de fácil comprensión, con metáforas simples, sabias, con buen humor, ironía y sarcasmo. Dios, el rey, la suerte, la vida y la muerte, el judío y su vecino, la casa, la familia, los hijos y las nueras, el dinero y la comida, son temas frecuentados por el refranero judeo-español. De ellos se deduce un estilo, un modelo de vida cotidiana. Del mismo modo se conocen ideales, la aceptación de la Ley divina, su dependencia de la suerte, la consideración de la paciencia y un concepto bien desarrollado por esta cultura: la solidaridad. Algunos ejemplos de estos refranes son:

*El Dio es tadrozo ma no olvidozo
Buenas palavras y buenos modos, dan gusto a todos.
Palavra y piedrada, no tornan atrás
Ken tene teyado de vidrio, ke no eche piedras al vizino
Suegra, ni de barro buena.
Kada boka kere su sopa.
Dame godrura, te daré hermosura.
El komer i el arraskar, todo es ampeza.*

El djudezmo en la actualidad

La sociedad sefardí se caracteriza por usar más de un sistema lingüístico. Su larga historia de contacto con lenguas tan dispares (semíticas, eslavas, griegas, turcas o románicas) produce la propia historia de una minoría que sobrevivió en el seno de otras tantas sociedades, de las que adoptó innumerables costumbres y valores, sin renunciar a su propia identidad judía.

Los sefardíes nos resistimos a entregar la memoria que sostiene el judeoespañol y la cultura que este idioma refleja; trabajamos activamente en su preservación. Y sólo es posible esa continuidad en el ámbito de la lengua materna, reserva de su propia poesía.

La tecnología y la aparición de Internet modificaron, de manera casi repentina, el uso del judeoespañol. En los últimos cinco años se incorporaron en la red, textos, diccionarios y foros con gran cantidad de miembros que escriben y consultan cuestiones propias del djudezmo. Se aceleró el encuentro de esta lengua que, lejos del silencio, sigue buscando a su pueblo.

La lengua de los sefardíes

por Luis León (sefaraires@gmail.com)

El **judeo-español** también llamado **ladino**, **djudezmo**, **djidió**, **españolit**, es la lengua que emplearon desde hace casi cinco siglos los judíos expulsados en 1492 de la península Ibérica, llamados **sefaradíes**, **sefardíes**, **djidiós** o **djudíos**. Debemos diferenciar el “ladino”, lengua de los sefaradíes, del llamado “ladino o retorromance”, como se denomina a un complejo de variedades neolatinas habladas principalmente en la región europea de los Alpes centrales y orientales, que nada tiene de común con la que estamos considerando, a excepción de su denominación y su origen latino.

No hay documentación que pueda asegurar que el judeoespañol era hablado con anterioridad a la salida de España, como sostienen unos pocos autores. Si bien los judíos vivían en *aljamas* con cierto grado de reclusión social, no dejaban de convivir con el resto de la población con quienes compartían un idioma común. Solamente unos pocos términos (tomados comúnmente como ejemplo) eran exclusivos de las juderías: a) **Dió** reemplazando a “Dios”, para evitar el sentido de pluralidad que sugiere la terminación “s” en el castellano, b) **Aljád**, del árabe (“el primero”) en lugar de “domingo”, cuyo significado remitía al cristianismo, c) también el verbo **meldar** que reemplazaba a “leer”; en un principio usado con el sentido de “leer los libros sagrados” y luego se hizo extensivo a cualquier tipo de lectura. Al igual que en otras judeo-lenguas, se trata de un tabú lingüístico, donde se atribuía a la palabra “evitada” connotaciones contrarias al monoteísmo. Recién a partir de 1492, en el momento en que los judíos de la península partieron al exilio, puede decirse simbólicamente que el castellano que hablaban comenzó a sufrir transformaciones. Es imposible reconstruir con precisión el mapa de estas tempranas transformaciones e intentar diferenciarlas por región o fecha. Fue un proceso muy dinámico, desigual y con infinitas variables, en que cada grupo al llegar a un sitio, comenzaba a interactuar con la lengua local. Gracias a los estudiosos (*jajamim*) que llevaban y traían leyes y disposiciones rabínicas, a los hombres de negocios y a los viajeros, se produjo una *koiné*, suerte de lengua sintetizada con un vocabulario básico de las distintas comunidades sefaradíes, aún cuando se hallaban en puntos geográficos muy distantes unas de otras.

La importancia que adquirió el habla de Castilla la Nueva y Andalucía, extensamente empleada antes de 1492, se impuso sobre el gallego y el catalán, y era conocida en regiones lejanas de Medio Oriente. Permitió que a un siglo de la expulsión, los judíos mantuvieran casi sin modificaciones su lengua. Con el paso del tiempo, la paulatina integración a los sitios en que residían y la pérdida de comunicación con la península Ibérica, hizo que comenzaran a surgir transformaciones en el español hablado, que dieron lugar al nacimiento del **judeoespañol**. Así comienzan a integrar términos y expresiones del árabe, turco, griego, flamenco, italiano o francés, además del hebreo.

No obstante su origen castellano, los sefaradíes en el exilio, comenzaron a escribir el *djudezmo* con caracteres hebreos. Si bien suponemos que por varias generaciones los expulsados conocían perfectamente el origen ibérico de su habla, posteriormente la denominación de *djudezmo*, *djidió*, etc., muestra un cambio en esta creencia. La distancia geográfica y temporal con España, terminó haciéndolos pensar que su español era exclusivamente de ellos, ya que los diferenciaba del mundo gentil de las ciudades en que vivían. De esta situación hay testimonios donde judíos del Medio Oriente se sorprendían al descubrir gente cristiana empleando su lengua, en referencia a viajeros españoles de paso por allí. En tierras del Imperio, reinaba un “babelismo” donde cada minoría empleaba su propia lengua, además del turco, el francés o el árabe según su clase social y la región que habitaban. Los judíos además del *djudezmo*, compartían con los de afuera alguna lengua techado, común a todos, que les permitía hacerse entender con sus vecinos.

El término **ladino** se suele considerar derivado de “latino” y quedó como una de las denominacio-

nes del habla de los sefaradíes. No obstante, los especialistas llaman así a una lengua artificial o lengua calco del hebreo, que surgió para facilitar la lectura de la liturgia sinagoga. Durante la permanencia peninsular, el judío medio carecía de acceso al estudio del idioma, imprescindible para leer las Escrituras, por eso, se fueron reemplazando términos hebreos por el equivalente en castellano, sin modificar la sintaxis original. Así se formó una suerte de lengua rígida, imposible de emplear para comunicarse, fenómeno lingüístico no exclusivo de los sefaradíes, ya que las llamadas *hagiolenguas* se emplearon en otras regiones con motivos parecidos.

El judeo-español no constituye de ninguna manera un español fosilizado o detenido en el tiempo como solían considerarlo algunos antiguos especialistas. Como cualquier otra lengua, el *djudezmo* se mantuvo dinámico a través del tiempo; sus transformaciones eran debidas a la “permeabilidad” lingüístico-conceptual de las comunidades que lo hablaban. La lengua es una suerte de mapa histórico de los pueblos que la hablan y el judeoespañol ha tenido el aporte de términos provenientes de diferentes regiones, incorporados por los sefaradíes según las necesidades y el grado su integración con la población local.

Había un alto grado de uniformidad lingüística entre las juderías aún muy distantes dentro del Imperio Otomano, donde residía la mayoría expulsada en 1492; pero curiosamente, no sucedía lo mismo dentro de una misma comunidad, debido a las diferencias entre la lengua de uso corriente y la literaria. Los estudiosos detectan variantes muy notables entre la lengua hablada por las grandes capas medias de la población (incluidos periódicos y publicaciones de circulación masiva) y la lengua impresa en trabajos literarios, litúrgicos, teatro, traducción de obras de la literatura universal o *consejas* y refranes. Aún dentro de una misma publicación, suelen encontrarse vocablos con un mismo sentido y distinto origen, o escritos en dos formas diferentes. Cuando los impresores comenzaron a traducir al *djudezmo* las obras clásicas europeas y no hallaban términos en esta lengua, que reflejaran con exactitud el concepto original, incorporaban los de dicho idioma y así aparecían en el texto numerosas palabras francesas o italianas que no eran usadas cotidianamente por la población.

En Marruecos el judeoespañol adoptó el nombre de *haketía* y tomó un sendero diferente al de las comunidades del Imperio. Resulta difícil analizarlo por la falta de material escrito que muestre su evolución, pues mientras en las regiones del Oriente Medio existían numerosas imprentas judías que abastecían de textos a sus comunidades, en Marruecos no hubo un desarrollo editorial notable, la mayor parte del conocimiento se daba por transmisión oral y en la actualidad casi no quedan informantes que puedan dar testimonio de ello.

La diferencia más importante en la evolución de la lengua en comunidades marroquíes respecto de otras, es que mantuvieron contacto con grupos hispano-parlantes, tanto por su proximidad con ciudades dominadas por España como por la llegada de españoles a Marruecos, que reavivó la influencia del castellano en el habla de los sefaradíes que allí habitaban.

Los judíos del Imperio Otomano, tenían diferencias en el habla, según su ubicación social, las capas de menores recursos se desempeñaban en tareas que los relacionaba con las clases más bajas de la ciudad, favoreciendo el ingreso de términos en turco o griego de acuerdo a la región en que se encontraban, en número mayor a los incorporados por la clase media. La falta de acceso a una educación formal, hacía que este sector fuera en su mayoría analfabeto. Gracias a la existencia del *Talmud Torá* (pequeña escuela comunitaria), creada para preparar a los niños varones en la lectura de la *Torá*, estos llegaban a leer el hebreo, aunque sin comprenderlo. Es interesante el testimonio de Elías Canetti, premio Nobel de literatura 1981, sobre su propia experiencia en un *Talmud Torá*:

“La escuela daba verdadera pena, el profesor era ridículo; era un pobre hombre que en vez de hablar, graznaba, siempre parecía estar sobre una sola pierna, encogido por el frío y no tenía la mínima autoridad sobre sus alumnos, que hacían lo que les daba la gana. Es cierto que aprendimos a leer en hebreo y que íbamos repitiendo las oraciones machaconamente; pero no sabíamos qué querían decir las palabras que recitábamos porque a nadie se le ocurría explicárnoslas. Tampoco nos explicaban las historias de la Biblia. El único objetivo de la escuela era hacernos leer con fluidez el libro de oracio-

nes para que en el templo los padres o los abuelos se sintieran orgullosos de nosotros”.

Canetti describe así las características de un *Talmud Torá* de la ciudad de Viena, alrededor de 1913, donde vivía su familia. No obstante, en algunos testimonios de inmigrantes turcos, recuerdan con afecto y gratitud las primeras enseñanzas del hebreo de sus maestros, que en muchos casos eran destacados líderes comunitarios y sabios rabinos.

Los sectores medios de la comunidad, interactuando con sus pares no judíos de la ciudad, también incorporaban términos griegos y turcos, pero tenían mayor acceso a la enseñanza primaria y en ciertos casos al nivel secundario, donde los mejores eran becados a París u otras ciudades de Europa occidental. Esa instrucción les permitía conservar el *djudezmo* sin mezclarlo con el turco o francés y las mujeres llegaban a la educación escolar, cosa que no sucedía en los sectores más empobrecidos, en que casi la totalidad de ellas no sabían leer ni escribir.

Só-lo un sector reducido de sefaradíes vivía “a la franca”, es decir con costumbres del occidente europeo, hablaban fluidamente francés o italiano y eran los que más dejaron a un lado el uso del *djudezmo* en la vida familiar. Con el establecimiento a fines del siglo XIX de las escuelas de la **Alliance Israélite Universelle**, el afrancesamiento llegó a grandes capas de la población judía del Medio Oriente y norte de África. Ese fue el comienzo de una visible reducción en el uso del judeo-español, ya que desde las aulas se obligaba a los niños a hablar exclusivamente en francés, castigando el uso del *djudezmo* entre ellos.

El golpe final asestado al uso de esta lengua en tierras de Turquía, sucedió en las postrimerías de la segunda guerra y los años subsiguientes, donde los sefaradíes trataban de evitar ser identificados por miedo a las burlas y ataques de jó-venes pro-nazis. Según testimonios de inmigrantes llegados a nuestro país en esa época, sus padres los obligaban a hablar el turco dentro del hogar para lograr que lo hicieran con espontaneidad al estar en la calle.

Los rabinos y estudiosos de la liturgia, también imprimían al *djudezmo* su estilo personal, empleando palabras del hebreo y arameo que sustituían a las usadas por la población media. A través de las clases del *Talmud Torá*, o al dirigirse a su comunidad, muchos de estos términos eran tomados por la gente para el habla diaria.

Respecto a la población media de la comunidad que no accedía a la instrucción, hay otro testimonio de Elías Canetti sobre su abuelo, que vivía en Bulgaria y era un comerciante medio exitoso:

“...Cuando hablaba con gente de otros paí-ses trataba de expresarse en el idioma de ellos, pero como só-lo lo había aprendido de pasada en alguno de sus viajes, lo hablaba con dificultad, a excepción de las lenguas de los Balcanes (incluso su ladino), le gustaba contar con los dedos las lenguas que podía hablar y la graciosa seguridad con que los enumeraba... Só-lo dominaba la escritura hebrea con la que se escribía el ladino y só-lo leía periódicos en este idioma. Tenían nombres españoles como El Tiempo, La Boz de la Verdad, estaban compuestos en caracteres hebreos y salían, creo, una vez por semana. Leía con dificultad el alfabeto latino, no leyó nunca un libro en la lengua verná-cula de los muchos paí-ses que visitó, ¡y vivió más de noventa años!”

No obstante ser el judeoespañol la lengua de los sefaradíes desde los Balcanes a Turquía, existieron otras lenguas o hablas, surgidas en muchos casos exclusivamente para no ser entendidos por los gentiles. Primo Levi, nos cuenta en detalle uno de estos casos de criptolalía, donde voluntariamente una comunidad incorpora términos incomprensibles para que sus vecinos gentiles no puedan saber de qué hablan. Estas creaciones, son más frecuentes en sitios donde se presentan situaciones de homoglosía, en que la lengua principal es muy similar a la que posee la minoría comunitaria.

“...Havertá es una palabra hebrea degradada, tanto en la forma como en su significado y fuertemente cargada de resonancias. Propiamente es una arbitraria forma femenina de Haver = compañero, y significa “doméstica”, pero contiene la idea accesoria de la mujer de baja extracción, creencia y hábitos diferentes que se ha visto obligada a tomar albergue bajo un mismo techo. La havertá es por tendencia, descocada y poco limpia y por definición malé-volamente curiosa acerca de las costumbres y conversaciones de los dueños de casa, hasta el punto de obligar a estos a valerse, en su presencia, de una jerga particular, en la que evidentemente queda incluido el término havertá mismo. Esta jerga

hoy en día ha desaparecido casi por completo; un par de generaciones atrás todavía estaba enriquecida por algunos centenares de vocablos y de expresiones, generalmente de raíz hebrea, con desinencia y flexiones piamontesas. Un análisis de ellos, por somero que sea, revela su función solapada y subterránea, de lenguaje artero que sirve para hablar de los goyim en presencia de los goyim....”

También en judeoespañol, se hablaba crípticamente de las empleadas domésticas, por temor a ser escuchados. Una típica expresión para hacer callar a alguien cuando se acercaba la empleada era: **Soilema por la bulema**, donde se recurre al término griego *soilema* para decir silencio y a la palabra turca *bulema* (deformación de *bula*) para nombrar a la mujer de servicio a quien se le decía también: *jasmichí, jasmekiar, dula, chiraka, etc.*

Continúa narrando Primo Levy acerca de este argot:

“Su interés histórico es exiguuo, porque nunca fue hablado por más de unos cuantos miles de personas; pero su interés humano es grande, como lo es el de todos los lenguajes limítrofes y de transición. Éste contiene, de hecho, una fuerza cómica admirable que surge del contraste entre el tejido del discurso, que es el dialecto piamontés áspero, sobrio y lacónico no escrito más que por encargo y el entramado hebreo, arrancado de la remota lengua de nuestros padres, sagrada y solemne, geológica, pulimentada por los milenios como la hoya de los glaciares. ” “... Lo precario de sus raíces resulta evidente; le faltan por ejemplo como inútiles, expresiones para designar sol, hombre, día, o ciudad, mientras tienen su representación las que se refieren a noche, esconder, dinero, prisión, sueño, (...). Existe además un buen número de depreciativos, que a veces pueden emplearse para juzgar a personas...”, “...Luego hay también un discreto surtido de vocablos poco decentes que se emplean no sólo en sentido literal delante de los niños, sino en sustitución de una palabra injuriosa. En este segundo caso presentan, en comparación con términos italianos o piamonteses¹ equivalentes, además de la ventaja ya mencionada de que no se entienden, la de que permiten desahogar el corazón sin desollar la boca.⁽¹⁰⁾ ...” Más interesantes para el estudioso de las costumbres son sin duda, unos cuantos términos que aluden a cosas relacionadas con la fe católica. En este caso la forma hebrea originaria aparece mucho más profundamente corrompida y ello por dos razones. En primer lugar, el sigilo era estrictamente necesario, porque su comprensión por parte de los gentiles hubiera podido acarrear peligro de una acusación de sacrilegio; en segundo lugar, la distorsión adquiere en este caso, el designio concreto de negar, de borrar el contenido mágico sacro de la palabra y de sustraerle por consiguiente, toda virtud sobrenatural.”

Así ejemplifica con vocablos como **A-issa** (Nuestra Señora) y **Odó** para aludir a Cristo, “absolutamente críptico e indescifrable” como califica él mismo, a estos extraños términos. Si bien contenía muchas palabras deformadas, originarias del hebreo, otras, por su mezcla con el piamontés eran imposibles de rastrear.

Las judeo-lenguas fueron, generalmente, variedades del idioma local al que los judíos incorporaban o deformaban términos, con el fin de no ser entendidos por los gentiles (criptolalía) y lo hablaban entre ellos en sus barrios o juderías. Pueden rastrearse muchas de ellas; los judíos magrebíes tenían la propia, creada a partir del árabe, en Italia los judíos de Roma lo formaron a partir del latín ya en las lejanas épocas del Imperio.

Al tratar de buscar reglas gramaticales que caracterizan al *djudezmo* nos encontramos con las diferencias propias de cada región y la imposibilidad de fijar normas únicas, sintácticas u ortográficas, igual que si tratáramos de hacerlo con la pronunciación, pero esto es un tema que excede al alcance de este trabajo.

Se creó en Buenos aires, un nuevo sitio sefaradí en la Web.
Noticias, actualidad y artículos sobre la cultura judeoespañola

www.eSefarad.com

Sefardíes tetuaníes en la sabana del Chaco Austral

Por Eduardo Fortunato Muscar Benasayag (*) (**)

Mucho se ha escrito sobre la diáspora del pueblo judío por todo el orbe en sus dos vertientes étnicas (sefardíes/asquenazíes) y geográficas, y siempre en esta indisoluble asociación del pueblo judío resulta trascendente rescatar para la memoria activa/colectiva hechos que resultan significativos y que no hacen más que aportar luz sobre aquellas pequeñas historias, aunque, siempre inconmensurables y épicas para quienes las emprendieron. Este documento, que se inscribe en la tradición oral, es la epopeya de un grupo concreto que se suma a otros millones de personas insertas en grupos étnicos o de nacionalidades concretas, que cruzaron el ancho mar para “hacer las Américas”. A menudo se toparon con destinos tan crueles, en los países de acogida, como el que les tocó vivir en las naciones de las que tuvieron que emigrar en busca de mejores condiciones económicas o de calidad de vida o por otros hechos ya conocidos. Son, en su mayoría, grupos de la misma nacionalidad o religión que aportaron mucho a las sociedades en las que se han asimilado, mimetizados o simbiotizados con el correr de los años. Resulta fructífero que estos pequeños aportes sirvan como base para recomponer el amplio *puzzle* de la diáspora judía contemporánea y preservar para las generaciones futuras los éxitos, los fracasos, las penas o las angustias por la que tuvieron que transitar nuestros antepasados para lograr una patria, un terruño, un lugar en el mundo donde adaptarse, no sin penurias, y donde dieron lo mejor de sí para contribuir a la consolidación de las nacientes repúblicas latinoamericanas en las que encontraron cobijo y comprensión. A veces, algunas excepciones eclipsaron y frustraron el ideal de un imaginario plétórico de alegorías transmitidos por los precursores que ya habían puesto su destino a merced de la mítica América.

V.S. Naipaul, expresa: *“la mayoría de nosotros, conoce a sus padres, a sus abuelos de los que ha nacido. Pero nuestros orígenes (¿los nuestros también?) son más lejanos, nos remontamos hasta el infinito. En nuestra sangre, en nuestros huesos y en nuestro cerebro acarreamos la memoria de miles de seres. A veces, incluso podemos ser extraños para nosotros mismos”*. Sentencia asumible para nuestro pueblo disperso por el mundo, como otros, tal vez, pero de nuestras raíces, de nuestro grito ancestral de unidad, de no abandono de nuestra identidad, de los avatares que nos hicieron más o menos vulnerables, surgen historias como la que escribo. También, Jorge L. Borges en su *Arte Poética* esboza un sentimiento hecho palabra y que nos acerca al objetivo de este testimonio: *“A pesar de que la vida de un hombre se componga de miles y miles de momentos y días, esos muchos instantes y esos muchos días pueden reducirse a uno solo: el momento en que el hombre averigua quién es, cuando se ve cara a cara consigo mismo”*; pregunta esta última que ayuda, por otra parte, a no reducirnos sólo al presente, al ahora mismo, sino a una más larga distancia en el tiempo y en el espacio. Cuando llega este momento podremos preguntarnos, quiénes somos, averiguar de dónde venimos, tratando de prolongar la trayectoria de nuestras vidas, indagar sobre nuestro entorno próximo y lejano; ¿a quién? a nuestros progenitores, a las personas más próximos y afines a nuestros sentimientos. En definitiva, remontarnos retrospectivamente en el tiempo y poder llegar hasta donde el límite del recuerdo, hasta donde los óbices construyan una barrera infranqueable, más allá de donde la memoria colectiva tiene sus límites.

Este nota que presento, resultó del relato transcrito de las conversaciones grabadas a Meri Benasayag, hija de tetuaníes, con más de 99 años de vida y que nos lega con la ayuda de otros miembros de la familia y amigos un testamento vivo que no debe fenecer y que podrá fortalecer la historia, no solo de nuestro pueblo, para inscribirlo en un país que recibió un aluvión de inmigrantes procedentes de todos los rincones de Europa, sobre todo, pero también de Africa y Asia, en menor medida.

El Lugar de acogida: La Sabana

Es un pueblo que surge a finales del siglo XIX en la Provincia del Chaco, Argentina, bautizado con este nombre por lo que topográficamente representa el espacio donde fue gestado; rodeado de humedales o bajos anegables periódicamente, inmersa en un clima subtropical con estación seca, bastante inhóspito, plagada de alimañas y enclavada en el corazón del Gran Chaco Americano, llanura

sin límites. No podemos tampoco ignorar lo que de mágico tiene esta región con sus ríos, lagunas, esteros, exuberante vegetación, aves de todo tipo y un sin fin de componentes naturales.

Hasta los primeros años del siglo XX el poderío invencible de los indígenas asolaba al pueblo, una especie de *far west*, donde la riqueza de sus bosques cercanos permitieron abrir uno de los tres ciclos económicos chaqueños: el forestal. Hasta allí llegaron varios miles de personas provenientes de provincias vecinas, -trabajadores-hacheros-, y del extranjero para lucrar con esa actividad y las relacionadas con ella para satisfacer sus necesidades más básicas. Cabecera del ferrocarril, la civilización distaba 120 km, la ciudad de Resistencia, hoy capital de la provincia. Se llegaba a ella por tren. A mediados de 1930 la riqueza emanada del quebracho, madera dura y productora de tanino de alta calidad que se exportó a medio mundo, ya había menguado, justamente cuando esta especie por su uso irracional se hizo poco rentable. Esta depresión productiva y económica expulsó a los pobladores que antaño habían creído que este recurso era inagotable, quedando el pueblo con su mágico nombre y despoblado de sus mejores hacedores, también muchos otros de la región que por su efímera existencia pasaron a llamarse "*pueblos fantasmas*". En este pueblo se pasaron tiempos relativamente normales pero también de penurias como los sangrientos ataques de los indios, a veces dirigidos por blancos, las recurrentes inundaciones que duraban varios meses, ciclones o la explotación ejercida por grupos empresariales extranjeros.

Tránsito, impacto y adaptación

En el momento de la incursión a estas tierras remotas e ignotas, desde finales del siglo XIX y hasta principios del XX, inimaginables en las mentes más creativas, el medio de transporte usual era el barco que surcaba pótamos de una interminable red fluvial, el Río Paraná. Embarcaban en Buenos Aires, a más de 1000 km, y abordaban tras varios días de viaje a los puertos de Barranqueras (incipiente aún) o Corrientes para luego emprender un penoso viaje a La Sabana, 120 km al oeste del gran río. La primera impresión sería el ancho y caudaloso río, la frondosa vegetación de ribera, la planitud sin límites y la escasa o inexistente población. Gran contraste paisajístico. Habían dejado una tierra con montañas, verdes, una ciudad, Tetuán, con historia de gentes y arquitecturas sólidas, con centenas de años que consolidaron o inventaron una sociedad multirreligiosa con todos los matices que dicha convivencia puede crear, frente a un recién conquistado espacio en medio de la metafórica nada. Habían cambiado ese escenario por un paisaje agreste, con horizonte infinito, una tierra virgen e indómita en trance de ser domada, sin grandes historias, más que la de los indígenas que la habían dominado practicando el nomadismo o seminomadismo. Ellos, los inmigrantes, serían los actores y creadores, en parte, de una historia que se haría más grande y, que comenzaba a forjarse con mayor diversidad cultural.

Este primer impacto produjo en muchos de los tetuaníes recién llegados desazón y frustración, no era lo que esperaban de esa América mágica y rica, tan solo era un mito. En cantidad destacada llegaron los sefardíes y, antes de fijar residencia perpetua recalaron en muy diferentes regiones dentro de Argentina o en la vecina Brasil o llegaron directamente a La Sabana, por el *efecto llamada*, otros, los menos, volvieron a la tierra de sus ancestros donde vicisitudes inmensurables los había expulsado.

Los primeros en arribar a La Sabana, Fortunato Benasayag con algunos familiares y amigos ya habían probado suerte en otras provincias argentinas. El mito chaqueño de la tierra a conquistar los sedujo.¹ Adaptarse o regresar era la consigna. La Sabana en proceso de formación/deformación les brindó posibilidades de abrirse camino. En este modesto y polvoriento asentamiento humano todo era precario, casas de madera con techos de zinc, agua de aljibes, mínimos servicios públicos, calles de tierra, abastecida de las mercancías provenientes de Buenos Aires, con otros servicios prestados por pueblos cercanos/lejanos de la vecina provincia de Santa Fe: Vera, Los Amores, Reconquista o de la misma capital provincial, Resistencia.

Como la sangre tira, la famosa *llamada ejerció con prontitud* pronto llegaron otros paisanos que a través de religión, costumbres y lengua en común les permitirá una adaptación menos traumática, no ausente de incertidumbres. Inmediatamente formaron una pequeña comunidad sefardí, donde la amplia mayoría, 98% procedía de Tetuán. De los matrimonios arribados o formados en La Sabana nacieron los primeros argentinos sefardíes del Gran Chaco. Cabe destacar que un 99% de las parejas se formaron entre tetuaníes; hubo un solo caso de un matrimonio mixto turco-marroquí y otro inusual, un tetuaní con una cristiana. Concretamente, hallamos un alto grado de matrimonios endogámicos. Posteriormente se seguiría esta tendencia con la primera generación de argentinos, por lo menos hasta el momento en que emigran hacia otras ciudades y se encuentran con judíos sefardíes de otros países e incluso

¹ Los sefardíes a diferencia del resto de la comunidad judía en su mayoría se dispersaron por los centros urbanos de Argentina, sobre todo los localizados en las provincias de Entre Ríos, Santa Fé, Córdoba, Chaco, Corrientes, entre otras

asquenazies. A partir de este momento no es una excepción a la regla sino un hecho usual que los matrimonios mixtos se extendieran entre todas las nacionalidades judías.

La vida en común

En los primeros años, a pesar de ser extraños, se integran al resto de habitantes de origen español pero también de otras naciones europeas. Ellos se consideraban españoles, por ende europeos y, dada la pluralidad étnica pronto se encontraron seguros, aceptados y comenzaron a realizar sus tareas comerciales –buhonería- abasteciendo a los trabajadores forestales, en los *obrajes*, y a los propios del pueblo. Más tarde abrieron sus propias tiendas. Fueron respetados y respetaron la diversidad de sus vecinos. En el punto más alto de su apogeo La Sabana tuvo una población que nunca rebasó los 2000 habitantes, he aquí lo más anecdótico de esta historia, cerca de 180, contando ya los hijos nacidos en el pueblo, eran sefardíes procedentes, como ya se dijo, en un 98% de Tetuán, aportando a la población sabanera aproximadamente un 19% del total. Hablando con algunos sobrevivientes que habían conocido a mis abuelos, tíos y otros miembros de la comunidad les pregunté cuál era el sentimiento que experimentaban ante un grupo de gentes de distinta religión; se confirmaban los comentarios de mi madre, eran unas personas más dentro del conjunto de habitantes de La Sabana y la convivencia siempre fue normal. Sus ritos, música, comidas, modos de vida en general, eran muy apreciados por todos. Los primeros años, sin embargo, practicaban un tanto recelosos las fiestas que marca el calendario hebreo: Pesaj, Rosh Hashana, Yom Kippur, Purim, Janucá, bodas, circuncisiones, tefilines (Bar Mitzbá), Ilulah, entre otras, siempre realizadas en una improvisada sinagoga que funcionaba en la casa de los Forado, en la intimidad del hogar, sin la participación de *goys* (cristianos), más por pudor que por la intención de formar un gueto en tan minúsculo núcleo urbano. Ya habiendo nacido los primeros retoños chaqueños/argentinos, los mismos sirvieron como nexo de unión, máxime cuando comenzaron a asistir a la escuela primaria. En este sentido, sobre todo los educadores sentían curiosidad bien intencionada por asistir a algunas de las ceremonias, extremo que siempre fue bien visto por los miembros de la comunidad sefardí, aunque a veces con recelo. Pasados más años se celebraron bodas a la que asistían los miembros más representativos de la sociedad civil, el juez de paz, el director y los maestros de la escuela, el jefe de estación, los miembros rectores del orden urbano y las personas más representativas de la sociedad.

Fueron las bodas las fiestas más participativas. Durante días preparaban las comidas, postres y dulces con materia procedente de Buenos Aires. Empanadas, pollos y corderos asados, ensaladas de naranjas amargas o remolacha, mazapanes, fishuelas, bizcochos y un sin fin de confituras y mermeladas –jaleas- de naranjas, mandarinas, azahares, berenjenas. En la elaboración participaban varias mujeres y el festejo se celebraba en improvisados salones de fiesta: vaciaban almacenes, despensas o ultramarinos para tal fin. El oficiante procedía, lo mismo que para otras ceremonias de ciudades distantes o en casos extremos la oficiaba un *jajanico*. El terin, cuando finalizaba Pesah, o las tortillas y demás comidas para romper *tani* después del ayuno, o la adafina del shabat, fueron recetas bien guardadas y que después se fueron mezclando con otras, en esa simbiosis cultural con la otra mayoría sefardí, pero ya en Resistencia, los de procedencia turca. Más tarde la riqueza culinaria se proveyó de recetas provenientes de matrimonios mixtos entre sefardíes tetuanés, turcos o ashquenazims.

En la vida privada algunos hablaban la jaquetía, “*elemento distintivo*” utilizado como una “**forma secreta de comunicación**”² dialecto que más tarde se convertiría ya no en un código para ocultar hechos, confabulaciones, sino en una forma de comunicarse que mantenía vivos los lazos con el pasado cercano. Hoy lo siguen hablando y las personas allegadas que no son sefardíes siempre se quedan con algún vocablo.

Pasado algún tiempo los hombres comenzaron a trabajar en sus tiendas u oficiaban de viajantes, las mujeres ejercían las labores del hogar. Algunas de ellas habían estudiado en la Alianza Israelita Universal, hablando además del hebreo, la jaquetía, algo de árabe y, un correcto español y francés, por lo que se convirtieron en maestras para aquellas personas que no se expresaban correctamente o que eran semianalfabetas. Fue el caso de Rashma Tangir de Benasayag, que además, era escribiente y lectora de cartas con destino a Tetuán o provenientes de allá; continuó más tarde su oficio de profesora particular en Resistencia. Las familias más pudientes empleaban en su casa mujeres, generalmente indígenas o mestizas, para que ayudaran en los quehaceres domésticos. Una de ellas, Rosa, era la mujer del cacique Rostán, blanca cautiva que nunca quiso abandonar su *toldería* -conjunto de chabolas donde vivían los indios-, también trabajaban hombres indígenas para trozar leña o acarrear agua dulce. Digidí, hermano de Rostán y ciego deambulaba las calles de La Sabana y se convirtió en personaje popular, sobre todo

² Epstein, D. (1996): Particularidades de la inmigración judeo marroquí y su integración en la sociedad argentina (1890-1910). In SEFARADICA, N° 11, Buenos Aires, pp.128

para los pequeños; sus anécdotas fueron ricas, jocosas y se mantienen hasta el día de hoy entre los hijos, nietos o bisnietos de los sefardíes sabaneros.

Si la vida cotidiana ofrecía obstáculos las desgracias se convertían en penosos trámites. Es así que los primeros difuntos eran sepultados en el cementerio hebreo de Vera, Provincia de Santa Fe, más tarde cuando en 1912 se crea el de Resistencia eran llevados a ésta ciudad utilizando el ferrocarril que tardaba varias horas para recorrer 120 kilómetros.

En las fiestas patrias, como el 25 de mayo, 9 de julio o el día de la Raza -12 de octubre- participaban con gran regocijo en los actos públicos o en las romerías españolas a la que acudían músicos y bailarines de otras ciudades mezclándose en el gran jolgorio en un espacio público, que no plaza, existente en el pueblo. Otro indicador de su fácil asimilación/integración lo demuestra el hecho de que a pocos años de su llegada a La Sabana comenzaron a participar activamente en los actos cívicos para elegir concejales municipales (Departamento Electoral de La Sabana) o en calidad de escrutadores (Francisco Forado, 1910), siendo elegidos algunos de ellos miembros del Concejo Municipal (Jacobo Hassan, 1909 con 115 votos sobre 119 votantes, las mujeres por entonces no ejercían el derecho al voto, siendo reelegido en 1910; Isaac Bentolila, 1913; Levy Chocrón, 1922). Cuando el pueblo comenzó a experimentar la decadencia aludida y los tiempos anunciaban días difíciles sus habitantes decidieron emigrar. Ante esta circunstancia tan especial se creó una Comisión de Fomento de la que formaba parte Isaac Bentolila.³ No solo participarían en actos políticos locales, la amplia mayoría se adscriben al Partido Radical, que en esos momentos estaba liderado por Hipólito Irigoyen.

Por otra parte, la vida transcurría en torno a las actividades obrajeras (labores en los bosques concentrada sobre todo en la tala del quebracho y posterior puesta a punto para su traslado a la estación de La Sabana), del comercio, de la escuela y al ir y venir del Ferrocarril Francés, movimiento ferroviario que quebraba la monotonía pueblerina. Las vías del ferrocarril y las inmediaciones de la estación era el lugar preferido de los niños de entonces para encuentros fugaces y de esparcimiento ya que el pueblo no contaba con espacios públicos de ocio. Pero allí también se reunían personas mayores hasta la caída del sol.

Al volver a casa y después de cumplir con las obligaciones escolares, los niños se sentaban alrededor de sus padres y, principalmente la madre narraba historias épicas del pueblo judío, episodios mágicos de Marruecos, relatos o historias mitad verdaderas mitad urdidas con gran imaginación. Los padres, por otra parte, en menor medida y de acuerdo a su nivel de preparación, iniciaban a los niños en los preceptos de la ley mosaica o los introducían la conocimiento del hebreo en escritura y lectura.

Sin embargo, por más que hayan transcurrido muchos años de pervivencia, los recuerdos y el sentimiento de desarraigo de sus parientes tetuanés siempre estuvo presente, como lo comenta la musa de esta historia. Era más común en las mujeres que solían pasar por trances de depresión. Esta circunstancia estaba favorecida, sobre todo, por la influencia del entorno, la inseguridad y la incertidumbre por el futuro de los primeros retoños nacidos en suelo argentino y las reminiscencias del lugar de origen, que pese a todo estaba más organizado y contaba con una relativa mejor calidad de vida.

Declive y nuevo éxodo

La fatídica epopeya de los judíos errantes también se cebó con ellos. A partir de 1915 cuando la economía local basada en la actividad forestal y sus subsidiarias comenzó a declinar en forma pausada los tetuanés y el resto del pueblo comenzaron emigrar a otras ciudades más seguras y con mejores perspectivas, dentro del Chaco, principalmente a su capital Resistencia, o a las incipientes ciudades de Villa Ángela, Sáenz Peña u otras de la provincia de Santa Fe - Vera, Reconquista, Rosario o Santa Fe -; los más osados se radicaron en Buenos Aires, otros, los menos, retornaron a Marruecos. Como la educación de los hijos fue objetivo imperante, muchos adolescentes antecederon a sus padres yendo a Resistencia para iniciar sus estudios secundarios, sobre todo encaminados al magisterio. Fueron acogidos por paisanos afincados desde siempre en esa ciudad. Luego llegaron los progenitores en busca de trabajo y sosiego. De esa zaga salieron ilustres educadores que se repartieron por los nuevos pueblos que siguieron fundándose en el Chaco impartiendo enseñanza en escuelas públicas de Gancedo, Villa Ángela, Las Breñas, Charata o General Pinedo. Destacaron la labor ejercida por docentes que formaron a miles de niños chaqueños, sobre todo en pueblos alejados, habiendo realizado verdaderas proezas en pro de la educación y que hoy son públicamente reconocidas a través de la imposición de sus nombres a escuelas, calles o plazas; citamos entre ellas a Esther Azulay de Fuchs, Raquel Azerrad de Berman, Meri Benasayag de Muscar, Esther Forado de Mellibovsky, Fortuna Chocrón de Echeury.⁴ Esta actividad que

³ Archivo Histórico de la Provincia del Chaco, Carpeta correspondiente a La Sabana

⁴ Como destacamos antes los hijos de los primeros sefardíes asentados en La Sabana, una vez localizados en la ciudad de Resistencia rompen la endogamia como queda presente en el segundo apellido, precedido *de* que indica la relación matrimonial

por entonces estaba bien remunerada y mejor considerada permitió que muchas economías familiares se vieran reforzadas económicamente. Pero en Resistencia desde la ya fundada Sociedad Israelita Latina del Chaco (1912), cimentaron y coadyuvaron a engrandecer la naciente cultura chaqueña. De esa sociedad surge la primera compañía formal de teatro del Chaco que en 1929 estrenan la obra de teatro Los Mirasoles, comedia de Sánchez Gardel en la sede de la Asociación.⁵

Los nietos de los primeros pobladores de La Sabana ya estudiaron profesiones liberales o se dedicaron al comercio en forma de pequeñas o grandes empresas, a la industria o a otras actividades cubriendo todo el tejido laboral ofrecido por el mercado y pasaron a ocupar destacadas posiciones en el mundo de la política, el arte, la cultura y la economía chaqueñas. Profesores de enseñanza primaria, media y universitaria, directores de música, sin renunciar a sus raíces pero siempre contribuyendo con una sociedad que consideraban suya como la de cualquier otro descendiente de inmigrante, no es para menos en un país formado por un alud migratorio que conoce su punto más alto a partir de 1850 y se extiende hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

Cuando toda la población de origen sefardí de La Sabana fue obligada a la dispersión por los motivos apuntados la misma comenzó a concentrarse, en su mayoría en Resistencia. La diferencia era abismal, la misma estaba dotada de todos los servicios mínimos indispensables, escuelas, hospitales, teatros, cines, estaba experimentando un cambio radical en los prolegómenos de iniciar su segundo ciclo económico, el algodón. Una ciudad bordeada por dos ríos afluentes del Paraná, el riacho Arazá y el Río Negro y a 10 km. del puerto de Barranqueras, siempre expuesta a inundaciones periódicas. Una ciudad trazada en damero con una plaza central de 4 has de la que nacían cuatro avenidas que tomaban contacto con otras tantas de circunvalación, cuatro plazas se sumaban al resto de representaciones urbanas. Todo estos alicientes hicieron más fuerte el ánimo de aquellos tetuaníes que habían vivido en el impersonal conglomerado humano de antaño.

La asimilación a la nueva ciudad que los acogía fue similar a la de La Sabana pero con más hechos motivadores. Pronto contarían con una línea de ferrocarril que los comunicaría con Buenos Aires y otros pueblos del Chaco. La sensación de aislamiento anterior había desaparecido. La nueva ciudad tenía temporadas de ebullición artística: compañías de teatro, orquestas, asociaciones culturales, hacían más amena la tranquila vida provinciana. No hubo diferencias ni para unos ni para otros. En Estampas Chaqueñas, revista que reflejaba la vida social y económica de la provincia del Chaco siempre tuvo entre sus protagonistas a algún miembro de la colectividad sefardí. En las primeras décadas del siglo XX se funda en Resistencia el primer centro sefardí el cual tenía una doble función: religiosa y social. Un bello edificio con reminiscencias mozárabes que mantiene intacta su fisonomía hasta la actualidad. Ya había arribado a la ciudad un importante contingente de polacos y rusos que más tarde erigirían su propia sinagoga anexo a un centro educativo y social y más tarde su cementerio. La cercanía con la ciudad de Corrientes, capital de la provincia homónima, también permitió que se estrecharan lazos de cooperación o que algunas familias se fusionaran por bodas entre correntinos y chaqueños.

Por razones económicas y de servicios, en el presente, la Sinagoga Sefardí solo se dedica al culto, mientras que la otra a eventos sociales y culturales. Ambas comunidades tienen un papel destacado en la ciudad y participan de todos los eventos provinciales y nacionales: sociales, culturales, políticos y económicos. Lo que lograron los sefardíes pioneros de La Sabana fue un ejemplo de convivencia, solidaridad y que más tarde se plasmó definitivamente en esta ciudad que hoy alcanza una población de 350.000. Las fiestas tradicionales tienen amplia difusión y los días más sagrados son respetados otorgando día festivo a los judíos, tónica que se mantiene a nivel nacional.

Transcurridos más de cien años de aquella epopeya, La Sabana se constituyó en un paraje embrionario en el que recalieron transitoriamente los tetuaníes pioneros y actores de una maravillosa gesta, no exenta de avatares, junto a la pléyade de inmigrantes de otros rincones de la Tierra, pero que allá en la distancia convertida en un espacio mítico dentro de la historia chaqueña, donde el imaginario construyó metáforas de vida. Tierra perdida en el tiempo pero presente en la mente de los que seguimos pregonando historias como esta para no abandonar ni olvidar nuestros orígenes como forma de mantener viva la historia más llena de alegrías que de fracasos. Hoy los aún supervivientes recuerdan con satisfacción los viejos tiempos vividos dando fuerza al aforismo: todo tiempo pasado fue mejor.

(*) El autor es argentino, nacido en el Chaco, radicado en Madrid, es profesor titular, e investigador en la Universidad Complutense de Madrid.

(**) Este artículo fue publicado en Folia Histórica del Nordeste, N° 17 (Resistencia, 2008), Instituto de Investigaciones Geohistóricas, CONICET, Instituto de Historia, Universidad Nacional del Nordeste, Argentina.

⁵ Pompert de Valenzuela, M^a. C. (2001): Antecedentes de la Actividad Teatral en Resistencia, In Diario Norte, 29/7/2001, pp. 8-9

Árboles lloran por lluvias O las lenguas de la nostalgia

Por Denise León (*)

*“Arvoles yoran por luyvas
I muntanyas por ayres
Ansi yoran los mis ojos
Por tí, kerida amante*

*Torno i digo:ke va a ser de mí?
En tierras ajenas yo me vo murir”*

Cantiga lírica sefaradí

La lengua e la pensada son estrechamente atadas

Hace muchas décadas, el filósofo alemán Walter Benjamin⁶ observó que en el acelerado mundo postmoderno el valor de las experiencias humanas estaba en franca decadencia. Benjamin consideraba que una de las causas de este fenómeno se debía al hecho de que toda una generación había regresado devastada y, sobre todo, enmudecida de los campos de batalla. Rozados por la historia en su máxima ferocidad, conscientes más que nunca de “la fragilidad del minúsculo y quebradizo cuerpo humano”, huérfanos de palabras, sufrían en carne propia la intemperie de sus pérdidas y la terrible imposibilidad de comunicar lo vivido.

De acuerdo con lo que he venido estudiando hasta el momento podría afirmar que la comunidad judía tiene una relación particular respecto de los modos de la transmisión y el recuerdo. Al existir la prohibición bíblica del olvido y la responsabilidad colectiva del recuerdo, la comunidad ejerce cierto control sobre los modos y las posibilidades de la continuidad de la tradición. Al haber permanecido en el exilio durante tanto tiempo, su lengua y su cultura se transforman en una especie de patria migrante que llevan con ellos y que les permite reconocerse con los suyos en los distintos lugares geográficos que la historia les deparó.

Como se sabe, los judíos han vivido en los siglos pasados en una situación de aislamiento físico (recluidos en barrios especiales) respecto de sus compatriotas de otras religiones. En la mayoría de los casos, esta reclusión implicaba también un aislamiento social, cultural, y por supuesto, lingüístico. Los judíos desarrollaron así unas formas particulares de hablar, tanto a causa de sus peculiaridades culturales como por un sentido de autodefensa, o sea para poder comunicarse entre ellos sin ser comprendidos.

1 Benjamin, Walter. 1991. “El narrador” en: *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*.

Durante muchos siglos, los sefaradíes conservaron el idioma del país que los expulsó porque lo sentían como un rasgo propio y distintivo que los caracterizaba frente a otros pueblos que los rodeaban. Tal vez por eso, dieron a su lengua denominaciones derivadas del hecho de su propia condición como judíos: *judesmo*, *judío* o *jidió*.⁷

En este sentido, me aparto de las tesis reduccionistas o puristas que se proponen estudiar la lengua sin tener en cuenta su uso. La cuestión es compleja, sin embargo, ya que tal como afirma M. Yaguello⁸, si bien es cierto que ninguna lengua es “natural”, tampoco podemos afirmar que sea producto de la invención humana. Una lengua no se reduce al uso que sus hablantes hacen de ella, pero solo vive en la medida en que es hablada por sus usuarios.

Tzvetan Todorov⁹ señala que la solidaridad en los campos de concentración era, ante todo, lingüística. ¿Cómo ser solidarios con personas a las que no podemos entenderlas, a las que no podemos explicarles lo que nos pasa? En este sentido podría pensarse la afirmación de los relativistas de que quien habla una determinada lengua se encuentra encerrado en ella.

Por otro lado, sin embargo, sabemos que se han tendido puentes y que la diversidad no es infinita. Si bien es cierto que cada lengua nos provee de distintos modelos para comprender la realidad, algunas constantes se repiten y conectan las divergentes moradas de las conciencias.

Las lenguas de la nostalgia

¿Las lenguas, como los hombres que las habitan, son mortales? Actualmente nos enfrentamos a la agonía de al menos dos judeo lenguas: el yiddish y el judeo español (también llamado ladino). Estas lenguas responden a dos grupos que por su origen y trayectoria tuvieron lenguas, tradiciones, emociones y comidas diversas: ashkenazíes y sefaradíes¹⁰.

Mientras los grupos que las hablaban se encontraban en una situación de marginación y hostilidad y necesitaban comunicarse sin ser comprendidos, mantenerse cohesionados y distinguirse de otros grupos, estas lenguas tuvieron sentido. En el caso de los descendientes de inmigrantes que se radicaron en la Argentina, el proyecto estatal de integración nacional y el propio deseo de los nuevos ciudadanos hicieron que, con el correr del tiempo, los decires de los ancestros se volvieran lejanos. Además entraron en contraposición con las lenguas adquiridas en los nuevos destinos. Este conflicto puede percibirse con claridad en la novela de la escritora argentina Ana María Shua, *El libro de los recuerdos*¹¹:

Entonces, un día, llegó Silvestre enojado y decidido a la Casa Vieja y declaró que en esa casa no se iba a hablar nunca más el Otro Idioma, el que sus padres habían traído del otro lado del mar. Ese idioma agonizante que tampoco en el país de donde los padres habían venido era la lengua de todos, la lengua de la mayoría (...) pero que sí había sido, en cambio, para ellos, el Idioma de sus padres y el de sus amigos y el de sus juegos infantiles y las canciones de cuna y las primeras palabras de amor y los insultos (...) El Otro Idioma, el íntimo, el verdadero, el único, el Idioma que no era de ningún país, el Idioma del que tantos se burlaban, al que muchos llamaban jerga, el

⁷ Para mayor información acerca de los sefaradíes, ver Diaz- Mas, Paloma.1993. *Los sefaradíes. Historia, lengua y cultura*. Riopiedra Ediciones: Barcelona.

⁸ Yaguello, M. “Entre la naturaleza y la cultura”. Material distribuido en el curso.

⁹ Todorov, Tzvetan. 1993. *Frente al límite*. Siglo XXI editores: México.

¹⁰ La denominación de ambos grupos tiene que ver con los nombres que se les dio bíblicamente a los lugares donde antiguamente se habían asentado: Sefarad (España) y Ashkenaz (Alemania)

¹¹ Shua, Ana María. 1994. *El libro de los recuerdos*. Sudamericana: Buenos Aires.

Idioma que nadie, salvo ellos y los que eran como ellos, respetaban y querían. El Idioma que estaba condenado a morir con su generación (1994: 25).

Actualmente, diezmados los grupos que las hablaban, y dispersados sus sentidos vitales, estas lenguas se marchitan, pierden su estatuto de lenguas vulgares y quedan relegadas al rango de antigüedades o de objetos en desuso. Si bien, apenas comprendidas, la magia de sus sonidos o de su escritura sigue actuando con el poder evocador de la nostalgia, ya no son las lenguas de la transmisión y las autoras que estudio (hijas o nietas de inmigrantes) construyen los distintos niveles y articulaciones de la tradición judía alejadas de aquellas viejas palabras.

Considero que la problemática de la transmisión, de la reescritura y la apropiación de los espacios tradicionales que estas autoras inscriben en sus novelas familiares se vinculan con las tensiones de mutabilidad- inmutabilidad, relatividad y universalidad que atraviesan los estudios lingüísticos. La transmisión constituiría entonces ese patrimonio que cada uno de nosotros se fabrica a partir de elementos brindados por los padres, por el entorno, y que remodelados por encuentros azarosos y por acontecimientos que pasaron desapercibidos, se articula a lo largo de los años con la existencia cotidiana para desempeñar su función principal: ser fundante del sujeto y para el sujeto¹².

Si por un lado, la transmisión implica la permanencia, es decir ofrecer al que viene detrás de mí la posibilidad de hacer sus pasos siguiendo las huellas que el tiempo o las muertes violentas borran, por otro lado, introduce la ficción, el cambio. El mundo de antes sólo podrá ser dicho en el sentido de una traducción, traicionado, interpretado. Y en el caso de las autoras que estudio, confrontado con otras culturas que tienen lugar en el contexto cultural y geográfico que actualmente les pertenece.

Cada generación, partiendo del texto inaugural, introduce inevitablemente variaciones, que a pesar de todo le permiten reconocer en lo que han recibido una melodía que les es propia. Apropiarse de una narración para hacer de ella un nuevo relato, es tal vez el recorrido que todos estamos convocados a efectuar.

(*) La Dra. Denise León, es investigadora del CONICET, Universidad Nacional de Tucumán

BIBLIOGRAFÍA

- AA. VV. 1986. *Pluralismo e identidad. Lo judío en la Literatura Latinoamericana*, Editorial Milá: Buenos Aires.
- Anderson, Benedict. 1993. *Comunidades imaginadas*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Benjamin, Walter. 1991. *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*, Madrid: Taurus.
- Bourdieu, Pierre. 1999. *La distinción: criterios y bases sociales del gusto*, Taurus: Colombia.
- Diaz- Mas, Paloma. 1993. *Los sefaradíes. Historia, lengua y cultura*. Riopiedra Ediciones: Barcelona.
- Feierstein, Ricardo y Sadow, Stephen (compiladores). 2002. *Recreando la cultura judeoargentina. 1894- 2001: en el umbral del segundo siglo*, Editorial Milá: Buenos Aires.
- Forster, Ricardo. 1997. *El exilio de la palabra. Ensayos en torno a lo judío*, Arcis-Lom: Chile.
- Hassoun, Jacques. 1996. *Los contrabandistas de la memoria*, Ediciones de la Flor: Buenos Aires.
- Lorenzano, Sandra. 2001. *Escrituras de sobrevivencia*, Universidad Autónoma Metropolitana: México.
- Méchoulan, Henry. (edición dirigida por). 1993. *Los judíos de España. Historia de una diáspora (1492- 1992)*, Editorial Trotta: Madrid.
- Saona, Margarita. 2004. *Novelas familiares. Figuraciones de la nación en la novela latinoamericana contemporánea*, Beatriz Biterbo Editora: Rosario.
- Shua, Ana María. 1994. *El libro de los recuerdos*. Sudamericana: Buenos Aires.
- Todorov, Tzvetan. 1993. *Frente al límite. Siglo XXI editores*: México.
- Yaguello, M. "Entre la naturaleza y la cultura". Material distribuido en el curso.

¹² Este concepto fue tomado de Hassoun, Jaques. 1996. *Los contrabandistas de la memoria*, Ediciones de la Flor: Buenos Aires.

Anécdotas de los 50´ a los 70 en Buenos Aires

Por Elías Salem (1)

Los artículos de María Azar publicados en diversos números de Sefaraires y la mención de algunos personajes (Sara Brezca, Selim Helueni, etc.) me alientan a escribir algunas cosas relacionadas con ello. Si bien carece de simpatía cuando se escucha o se lee en *Ladino*, dejaré por escrito las impresiones que reviven en mi memoria y dejo en vuestras manos la discusión de publicar lo conveniente. Efectivamente Sara Brezca fue un personaje que cocinaba en Ecuador y Tucumán – Once – Bs. As. y en los meses de verano trasladaba su cocina a Mar del Plata y tanto allí como en Bs. As. – sin la presencia de *Mashguijéi Casrut*, daba de comer esos ricos manjares de la cocina alepina a todo el público y a la gente que respetaba y valoraba las normas de la *cashrut*, sin necesidad de *mashguijim* (supervisores).

Sus últimos años los pasó residiendo en Israel junto a la mayoría de sus hijos, yernos, nueras y nietos, haciéndolos gozar de un humor que deleitaba a sus oyentes.

Doña Sara me transfirió su línea telefónica porque en ese entonces, la espera para lograr una línea en la telefónica era interminable (años).

Luego de establecidos los arreglos (pago mediante) la Compañía Telefónica me cobra un adicional no previsto bajo el rubro de subvención. Pregunté a doña Sara de que se trataba y su explicación nos produjo otra carajada parecida a las que nos producía escuchando sus aventuras (cuentos-chistes). Con las manos en alto explica que sup (versión árabe de sub.) se continúa con pensión (versión árabe de vención).

Helueni primera generación Selim del Horno (Ferum) de Tucumán entre Paso y Pueyrredón y los hermanos Brahim (Abraham) y Zahúa (Isaac) del almacén de Lavalle entre Paso y Larrea.

Conocido era que los hermanos almaceneros eran un ejemplo de prodigalidad al trabajo y tanto en domingos como en feriados, aun a puertas cerradas, siempre se los encontraba trabajando. En unas de las tantas revoluciones contra Perón en los años 50 (53 Menendez; 55 Conardi, Rojas), se acerca una señora mayor a la puerta metalizada cerrada e implora a gritos: “¡Brahim, Brahim!, por favor, véndeme un paquete de rollos de papel higiénico”. La respuesta de Brahim fue elocuente y graciosa “*El jale hambimutu uenti balek fitizek*” (La gente se esta muriendo y tu estás preocupada por tu traste (culo).

Otro personaje ligado a los Helueni el del Horno (Ferum) fue don Antonio, que lo acompañó a Selim toda la vida y lo sucedió varios años más en la tarea de preparar los panes, *lajmayines*, *caques*, *sambuzak*, *emgreibe*, *baklawa*, *boios* de verdura con o sin huevos *jaminados*, de queso y las inolvidables *burecas* de carne o queso llamadas *MUERRA*.

A Selim lo sucedió en el once, primero su hijo Jacobito con una vena especial para contar anécdotas alepinas y luego su nieto. Su otro hijo Luis abrió primero un almacén de productos típicos en Larrea y Tucumán y más tarde una Pizzería en Tucumán, entre Paso y Larrea.

El menor de los hijos de Selim, fijó sus negocios en el barrio de La Boca y barracas durante muchos años y tengo entendido que abrió en Tucumán 2418 o 2420, el único Ferum de la dinastía Selim Helueni.

Jacobo, hijo del Brahim Helueni, abrió primero un almacén de productos orientales (árabes) en Viamonte y Paso que se transformó prontamente en un centro de diálogo entre judíos y árabes que constituían una numerosa y heterogénea clientela. En virtud de las especiales manos para la cocina de su señora, doña María y de su cuñada Elena y más tarde su hija Eva, se trasladan a la esquina de Córdoba y Larrea y así se constituye el centro del *Quebe Nabelsie* y *Lajmayín Gourmé* (pequeños y caros pero deliciosos). Sus hijos, siguiendo la tradición paterna, Alberto y hermanos, continúan el negocio para orgullo de los boqueases.

Se sabe de un componente básico para elaborar los *caques* (rosquitas) pequeñas y crocantes: era el *Majlab* que en Israel se encuentra en los mercados y durante años mi padre y luego lo sucedí yo, le traíamos partidas de ½ a 2 Kgs. La diferencia entre el precio de compra y lo que Jacobo pagaba, generalmente se destinaba a la ayuda a parejas que se iban a casar, a la gente humilde o a otras cosas relacionadas a Israel y/o al Sionismo.

(1) El autor, Elías Salem es asesor de la Federación Sefaradí Mundial para América Latina, Jerusalem, Israel